



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DON IGNACIO LOPEZ RAYON.

Sucesor de los primeros caudillos por nombramiento de éstos, hubiera sido después de ellos la figura más notable de la revolución, si en su época no hubiera surgido Morelos, que relegó á segundo término á todos los demás campeones de la Independencia.

Descendiente de una familia de conquistadores radicada desde dos siglos atrás en Michoacán, nació Don Ignacio en Tlalpujahua, del matrimonio de Don Andrés López Rayón y Doña Rafaela López Aguado, parientes entre sí; la situación desahogada de estos señores les permitió dedicar al estudio á Don Ramón, que fué de sus hijos el que más disposiciones mostró para él; terminadas, pues, las primeras letras é instrucción primaria, fué enviado á Valladolid en 1786, donde cursó las asignaturas de bachiller, y en seguida á México á cursar leyes en el Colegio de San Ildefonso, donde terminó sus estudios y obtuvo el título de abogado en 1796. Las nctas que durante ellos obtuvo fueron bastante satisfactorias y demuestran la aplicación y conocimientos del joven Rayón.

Permaneció poco tiempo en México, ejerciendo su profesión, pero el cuidado de sus intereses lo obligó á regresar á su pueblo natal, donde se dedicó á la agricultura y á la minería; decidido á radicarse allí, para verse libre de cargos concejiles, solicitó y obtuvo la agencia de correos del pueblo.

Era afecto á la Independencia como todo profesional criollo, y por lo mismo vió con agrado la revolución de Dolores, que la proclamaba, é inmediatamente la secundó, no obstante que hacía pocos meses había contraído matrimonio con Doña María Ana Martínez de Rufo. Para evitar las depredaciones que en el Distrito de su residencia cometía un tal Antonio Fernández, insurgente, Rayón se presentó á Hidalgo, y éste, que si no lo conocía personalmente tenía motivos fundados para saber quién era, procuró atraérselo, tanto más cuanto que era el primero que le hablaba de la reunión de una Junta del Gobierno, del envío de Plenipotenciarios al extranjero y de otros asuntos en los que el caudillo ó no había pensado ó no podía dar forma, por falta de un auxiliar.

Fácilmente se entendieron, y mientras Hidalgo vacilaba en entrar ó no á México, Rayón regresó á Maravatío á arreglar sus negocios y á catequizar á sus hermanos en favor de la revolución; decididos á entrar en ella, se unió al Generalísimo en Valladolid, y con él se dirigió á Guadalajara, donde tuvo el carácter de director intelectual de la guerra. Por su iniciativa se organizó el Gobierno, se expidieron los nombramientos de ministros y oidores, se repitieron los decretos suprimiendo la esclavitud, el tributo y otros ya expedidos en Valladolid, y por último, se dieron poderes á Ortiz de Letona para que se dirigiese á los Estados Unidos, pues como veremos, la obsesión de Rayón fué buscar ayuda del extranjero, y esa obsesión lo llevó á aconsejar á los caudillos que en persona pasasen á los Estados Unidos á buscar el apoyo del Gobierno de Filadelfia.

Recibió el nombramiento de "Secretario de Estado y del Despacho," que equivalía al de Ministro universal, y con ese carácter organizó la Audiencia, fundó "El Despertador Americano," y trató de que funcionase el Gobierno civil de la revolución, lo que era difícil en aquellos días; en la derrota de Calderón salvó trescientos mil pesos de la Tesorería del ejército, que unió

al medio millón que recogió de Iriarte; reorganizó, de acuerdo con Allende, el ejército, y fué de opinión que se siguiese el camino del Saltillo. En la Junta verificada en esta villa el 16 de Marzo de 1811, fué designado para mandar el ejército, con instrucciones de continuar la guerra, y aunque fueron designados como adjuntos suyos el letrado Arrieta y Don José María Licéaga, nunca llegaron á igualar en nombradía á Rayón, y el primero tardó poco en desertar.

Si bien no supo inmediatamente la prisión de los Generales, sí llegó á su conocimiento algunos días después, y parece inexplicable que nada hiciese por salvarlos cuando podía haberlo hecho con las tropas que tenía y que eran muy superiores en número á las de Elizondo y Salcedo, y aun á las del mismo Ochoa, que no se atrevió entonces á atacarlo. Únicamente lo disculpa de no haber intentado salvar á los Generales, la circunstancia de que ignoraba el número de sus enemigos y no podía fiar en los presidiales que tenía á sus órdenes; sin embargo, en su deber estaba haber intentado algo por rescatarlos de manos de los realistas, aun cuando su ejército hubiera acabado y él se hubiese visto en riesgo de perecer ó de caer prisionero.

Fusiló á Iriarte, que según se dice, podía hacerle sombra, pero que en realidad era un elemento perturbador, desarmó á las Compañías presidiales, y el 26 de Marzo salió del Saltillo rumbo á Zacatecas, empezando una retirada notable en los anales militares de México; lo acompañaban, Torres, el conquistador de Guadalajara, el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que empezaba á distinguirse, el Mariscal Don Víctor Rosales, Ponce, Villalongín, y sus dos hermanos, Don José María y Don Francisco Rayón. El 10. de Abril fué atacado por Ochoa en el Puerto de Piñones, pero consiguió rechazarlo, gracias á las acertadas medidas tomadas y á la disciplina de que los jefes dieron muestra; sin embargo, experimentó la sensible pérdida de su provi-

sión de agua, la que le debía originar tremendas tribulaciones.

Siguió su camino sufriendo no pocas privaciones y dejando muchos enfermos y sedientos; dominó la rebelión que estuvo á punto de estallar y consiguió apoderarse de la hacienda de San Eustaquio, donde pudo dar de beber á su ejército, ocupó Fresnillo y entró á Zacatecas después de una reñida acción, á los veintiún días de haber salido del Saltillo. Las miradas de los realistas se volvieron á Rayón, desconocido hasta entonces, que demostró ser digno de la confianza en él depositada y un nuevo enemigo temible que se presentaba cuando se creía que ya no existían más que guerrilleros insignificantes al frente de pequeñas partidas. En Zacatecas creyó posible sostenerse algún tiempo, y al efecto dictó algunas providencias, aumentó sus tropas y se hizo de recursos sin extorsiones, pero sabiendo que el ejército realista se disponía á atacarlo, determinó pasar á Michoacán, cuyo territorio conocía perfectamente.

En el rancho del Maguey fué alcanzado por Empáran, que no consiguió derrotarlo completamente, y llegó á la Piedad, donde se encontró sin ejército, pues sus subalternos lo habían fraccionado; emprendió levantar otro y trató de apoderarse de Valladolid, lo que no pudo conseguir. Hubiera tenido que conformarse con ser uno de tantos cabecillas insurgentes, si Don Benedito López con sus triunfos sobre Torre no le hubiera llamado la atención y héchole resolver su establecimiento en Zitácuaro. Procuró poner la plaza en buen estado de defensa, acopió víveres, tomó el desquite de lo del Maguey derrotando á Empáran, y cuando ya se creyó seguro determinó dar un Gobierno á los insurgentes, organizando la famosa Junta de Zitácuaro, que tanto temor causó á los españoles, y que Rayón, dados sus antecedentes, creyó indispensable para el triunfo de la revolución. Poco hizo, materialmente hablando, la Junta, de provecho, pues no todos los insurgentes la reconocieron, pero moralmente hizo mucho,

porque demostró que aquéllos eran capaces de formar un Gobierno y de tener las ideas de orden que los realistas les negaban.

Calleja con cinco mil hombres atacó Zitácuaro el 2 de Enero de 1812, y sin muchas dificultades se apoderó de la población, que hubo de ser abandonada por Rayón y por la Junta: ésta empezó á peregrinar por Tuzantla, Tlalchapa y Sultepec, en tanto que aquél expedicionaba por Toluca, y si bien no ayudaba directamente á Morelos, sitiado en Cuautla, distraía muchas fuerzas que hubieran ido á engrosar el número de los sitiados. Derrotado en Tenango, fué perdiendo la reputación que tenía adquirida y de jefe del Gobierno nacional fué descendiendo á la categoría de un General insurgente con más pretensiones que los demás, para fomentar las cuales no dudó en ocasiones, en hacer fusilar á los que creía rivales. La vida militar de Rayón llega á carecer de todo interés desde mediados de 1812 hasta que cayó prisionero de los españoles, y por lo mismo, para no alargar innecesariamente esta biografía con el relato de todos sus actos, que el lector curioso podrá ver en otra parte, pues uno de sus hijos se encargó de escribirla, nos limitaremos á dar una idea general de su conducta.

Rayón recorrió una buena parte del país, principalmente en su parte meridional y occidental, para saber con qué insurgentes podía contar y quiénes eran los que le obedecían; esa visita no lo dejó muy satisfecho, y aun estuvo á punto de perder en ella la libertad á manos de los Villagrán; pretendió siempre que se le considerase como el primer jefe de la revolución, tomó el título de Excelencia y procuró aun en las mayores estrecheces rodearse del boato que su carácter exigía; jamás vió con buenos ojos la reunión del Congreso de Chilpancingo, promovida por Morelos, y le opuso todas las dificultades que su imaginación de letrado le sugirió, aunque procurando no chocar directamente con aquel caudillo; llamado para que tomase parte en él, se resis-

tió á ir y “olvidándose generosamente de sí mismo y de sus derechos,” (palabras de su Secretario, que era muy exagerado para redactar su diario), dió sus poderes al Lic. Don Carlos María de Bustamante para que lo representase, y sólo á fuerza de muchas órdenes asistió á las sesiones de “la Junta,” como él la llamaba, un par de meses. Allí combatió la tendencia á prescindir del nombre de Fernando VII.

Cuando Morelos fué derrotado en Valladolid y Puruarán, creyó fácil tarea recobrar la autoridad, “de la que sólo las intrigas y supercherías de una negra ambición pudieron despojarlo,” dice el mencionado Secretario, y fué á encargarse de la administración de la provincia de Oaxaca, pero no pudo conservarla para los insurgentes y tuvo que desampararla en Abril de 1814; cometió bastantes desaciertos en su retirada indisponiéndose á la vez con bastantes jefes insurgentes que no reconocían su autoridad; tomó el camino de Tehuacán, las Villas y Zacatlán, donde sufrió una derrota completa, y estuvo á punto de caer prisionero de Aguila. Este desastre lo decidió á volver á Michoacán, como lo hizo, atravesando en tres días y medio las ciento sesenta leguas que hay desde San Juan de los Llanos hasta Cópore; siguió para ello sendas extraviadas y adoptó numerosas precauciones.

Su decidido empeño de enviar embajadores á los Estados Unidos no llegó á darle resultado: directamente ó por su consejo, fueron enviados Letona, Bustamante y Peredo, que no llegaron á salir del país, y el Doctor Herrera y el Mariscal Anaya, que nada hicieron de provecho. Souluque, el Emperador de Haití, le contestó que no podía auxiliarlo.

La gloria de la defensa del cerro de Cópore no pertenece á Don Ignacio Rayón, sino á su hermano Don Ramón; sin embargo, se aprovechó del prestigio que el fracaso de los realistas frente á la fortaleza dió á los insurgentes, para insistir en sus antiguas pretensiones de ser reconocido por todos y desconoció á la Junta de Jaujilla,

en cuyo punto se vió una vez más en peligro de caer prisionero; pasó algunos meses en difícil situación huyendo siempre, y al fin cayó en manos de un insurgente, Don Nicolás Bravo, que en ejecución de las órdenes de la Junta de Jaujilla, desarmó la gente de Rayón y lo tuvo preso en Patambo, donde una partida de realistas se apoderó de él el 10 de Diciembre de 1817. Llevado á Teloloápam y á Cuernavaca, estuvo á punto de ser fusilado por orden de Armijo, pero las órdenes del Virrey para que se le formase sumaria, unidas á las repetidas instancias de Don Ramón Rayón para que se comprendiese á su hermano en la capitulación de Cópore (capitulación que ruidosamente desaprobó Don Ignacio), y de algunas influencias, consiguieron que se formase una voluminosa causa, pasase el tiempo y que el Virrey Apodaca, tan inclinado á la clemencia, consiguiese aplicarle uno de tantos indultos como por aquellos tiempos hubo: el 15 de Noviembre de 1820 salió de su prisión Rayón y fué á vivir á Tacuba, á donde se le había confinado.

En Julio de 1821, muerto su fiador, y derrocado Apodaca, el antiguo insurgente fué á Tlalpujahua dispuesto á secundar el movimiento de Iturbide, que no lo llamó, pero que ni tiempo tuvo de hacerlo, por la rapidez con que entonces se logró la Independencia. El libertador nombró á Rayón Tesorero en San Luis Potosí, y después Intendente de la provincia en 1823 (Noviembre); formó parte del primer Congreso constituyente republicano representando á Michoacán y consiguió que se le declarase General de División; desempeñó el puesto de Comandante de Jalisco en 1825; tuvo participación en el levantamiento contra Guerrero en 1829, y ocupaba el puesto de Magistrado del Supremo Tribunal de Guerra cuando falleció en esta capital, el 2 de Febrero de 1832. En 1842 fué declarado benemérito de la patria.

Tal fué la vida del ilustre michoacano Don Ignacio López Rayón, que si tuvo muchos defectos y fué causa de bastantes tropiezos como tuvo la revolución, también le

corresponde la gloria de haber continuado la guerra, después de la prisión de los primeros caudillos, y de haber organizado el primer Gobierno nacional. Los historiadores y la generalidad han olvidado sus faltas para no tener en cuenta más que ese mérito.

El 2 de Abril de 1899 fué descubierta la estatua que el Estado de Michoacán le hizo erigir en el Paseo de la Reforma de esta capital; pero ni Zitácuaro ni Tlalpujahu han pagado la deuda que tienen con el nativo de la una ni con el defensor de la otra.
